José Luis Herrera Arciniega

Danza Rota

(FRAGMENTO)

La melancolía es una irrupción del pasado en el presente. Un movimiento sostenido e inigualable, asunto de solitarios a la fuerza –gente que no quiere estar sola, que en condiciones normales evitaría estar sola–. Personas que ven a través de la ventana, rumbo al pedazo de ciudad que así están poseyendo.

Afuera del ventanal se distribuye la gran maqueta de la ciudad. José Carlos Béliz Reña tiene la capacidad o interés de pasar horas viendo hacia ese exterior. Ocurre por tramos del día, por ejemplo cuando está ante una mesa, sin más compañía que un cuarteto de sillas y los platos y sartenes con los alimentos, en un tiempo rutinario, el propio de la ingestión del desayuno, de la comida y aun de la cena. Eso corresponde a funciones automáticas, indispensables en cuanto a requisitos administrativos para sostener el edificio móvil donde se instalan los órganos de la vida, la maquinaria para caminar, para respirar, para erguir al individuo.

Béliz Reña se instala a corta distancia del ventanal y mientras fuma va recortando los trazos de la ciudad. Empieza, en el orden acostumbrado de izquierda a derecha, por el pedazo de cerro que ha tiempo quedó cubierto por innumerables edificaciones, desde un conocido salón de baile hasta la serie de residencias que surgieron en esa zona durante las dos últimas décadas. El paneo continúa y recorta entonces un área más antigua, como es evidente incluso en la oscuridad manchada por la amarillenta luz de arbotantes, por la mezcla de tamaños, colores y falta de definición arquitectónica, sólo un poco más allá de ladrillos amontonados y cemento colado para armar casas y edificios. Aunque ahí lo que descubre Béliz Reña son segmentos de fachadas y, sobre todo, azoteas, lo que es decir las goteras de la parte superior de cada ciudad.

Es una visión estática, intensa cuando se imagina la gente viva en el interior de esos edificios y casas y calles por las que desfilan las personas a intermitencias del tránsito peatonal y de vehículos.

José Luis Herrera Arciniega. Ha sido becario del Centro Toluqueño de Escritores en 1983, 1986 y 1990. Colaborador de *la colmena* con textos de creación y crítica literaria, es autor de siete volúmenes de cuento, ensayo y crónica. Presentamos un capítulo de su novela *Danza rota*, historia de amor y exorcismo de próxima publicación.

Es un espectáculo de gran pantalla –habría que agradecer la visión del arquitecto que hace más de 20 años propuso y logró que estos departamentos tuvieran este gran ventanal, orientado a recibir el inmenso sol del oriente por la mañana y luz el resto del día–, lienzo permanente de una porción de la ciudad, no toda, lo bastante nutrida, empero, para apropiársela y empezar a discurrir historias posibles de la gente, espejo para ir desarmando la propia. Identificar, desde las alturas de un cuarto piso, las calles por las que se ha caminado o circulado, otras que existen y han existido sin necesidad de que alguien en específico, ni siquiera la autoridad municipal durante una hipotética inauguración, pase por ellas un día o una hora.

Poco se detiene en las mañanas a ver esa pantalla inmóvil, en la que pocos cambios se dan, sumados la danza de las hojas en los sedentarios árboles y las figuras de lejanas personas saliendo del mercado al lado izquierdo o las mujeres que tienden la ropa en la azotea de sus casas. Hay días que tampoco llega a trastocarse el matiz del aire, hay días con un tono distinto. Eso, por las mañanas, lo aprecia demasiado rápido, porque debe despertar a la rutina, medio acomodar la casa, la ropa desperdigada en la sala, los trastos en el fregadero, los huevos por freír, el primer café del día, poner la radio, el noticiero por el que supuestamente se entera de lo ocurrido en ultramar o en el entorno cercano, la rasurada, la elección de la ropa para el día laboral, decidir si va a ahorcarse con la corbata o prescindirá de ella, qué calzado protegerá sus pies.

*

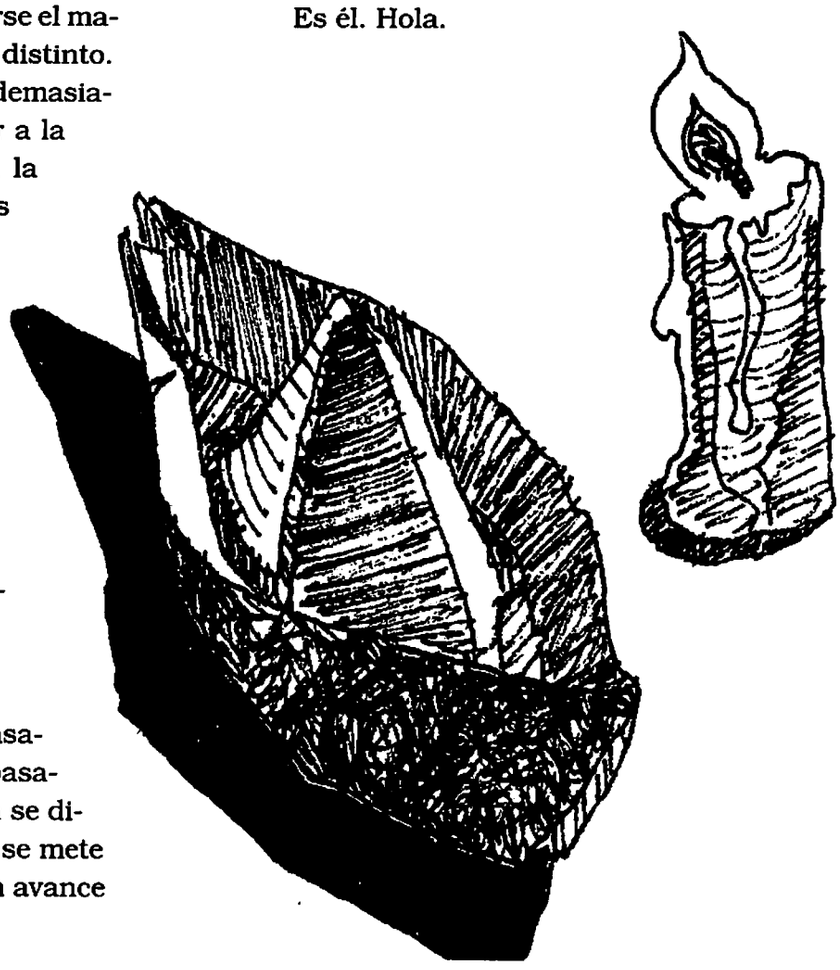
Premisa: siempre ha sido un pasado. Error. No siempre ha sido un pasado. Ultimamente sí. A veces hasta se divierte. Más de tres lustros en que se mete todo –o casi todo– a este cuerpo en avance hacia los 40. Los cuarenta años. La próxima crisis, y si cuando tuvo un suave aterrizaje en la de los 30 se asustó –supuesto además que a esa edad era el fin y no, nada más el comienzo– qué le depara el inminente cambio de decena.

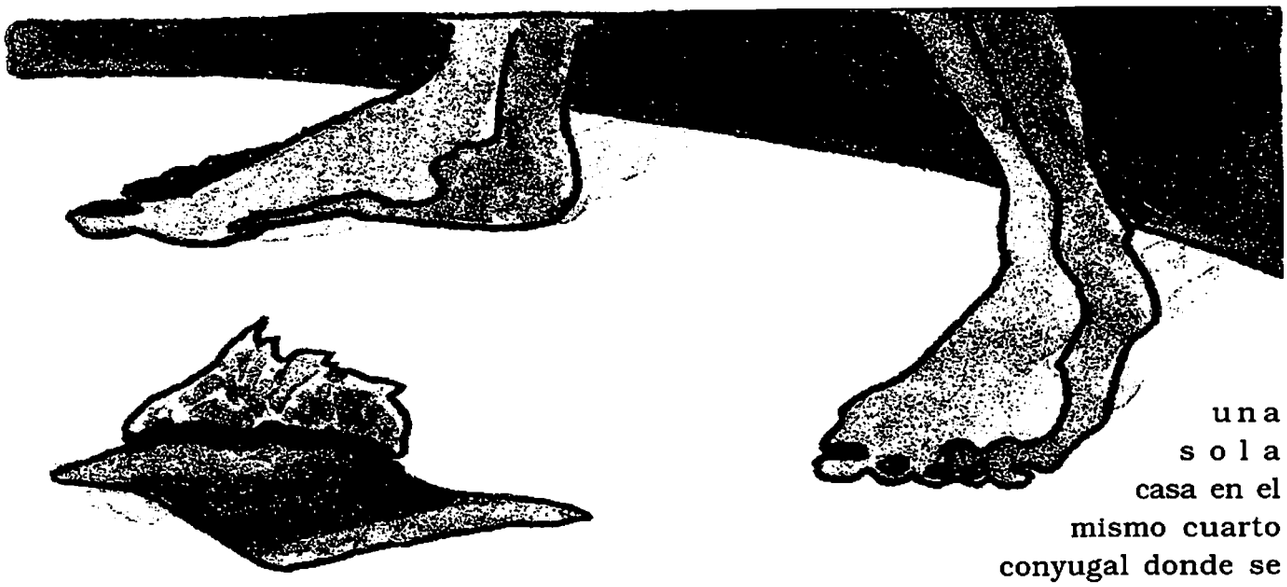
Es la persona sentada en la parte media de una plaza con diseño que remeda o evoca una ligera idea de partenones griegos o de templos romanos al aire libre, a sabiendas de que aquí si algo está libre es el viento, más las noches que van de agosto a marzo, y a veces también el resto de los meses.

Es ese que se está metiendo cigarrillos y un café portátil a lo que queda de un cuerpo día tras día menguado.

Es el que quiebra la inercia y se pone, al fin, a pensar en lo que ha sucedido, una serie de fragmentos que se hallarán ocultos en alguna botella del futuro que flotará cuando toda esta ciudad o el mundo sean un mar de lava petrificada o un mar de agua salada con olor a cobalto y plomo, sea el que sea el olor de tales elementos.

Es él. Hola.





una sola casa en el mismo cuarto conyugal donde se encuentran por la noche.

Ahora ella está no muy lejos, pero no está aquí, al lado de Béliz Reña, y éste pasa una hora más de tantas sentado frente a la mesa colocada ante el ventanal. Y no ocurre nada, más que la distancia y la ausencia de Nora Vietman.

Se trata de un posible juego. Paranoia Récords transmite la nueva producción de J.C. Williams, esquizofrénico artista exclusivo de su compañía de entretenimiento favorita. El nombre del juego es Nora, la ausente y distante. Además de ella, véase el peso acumulado de los días, el reflujo de inequidades e injusticias, dice José Carlos ante un público también ausente, en un solitario departamento. Antes se creyó un ser humano.

Aquí tampoco está ocurriendo nada.

*

Una historia de amor con una serie de desenlaces en apariencia inesperados, aunque previsibles de manera amplia. Es un rejuego. Algún día puede revertirse la esterilidad de Nora y de José Carlos, y entonces aparecerían en amable cuadro en el sanatorio, en pose para foto en favor de la natalidad recuperada en un país con problemas de sobrepoblación. Nora en la cama, con esa irrefutable belleza de una mujer que acaba de parir, sus ojos lastimados por las lágrimas que causó el sonido de un recién nacido entrando al viejo universo del

*

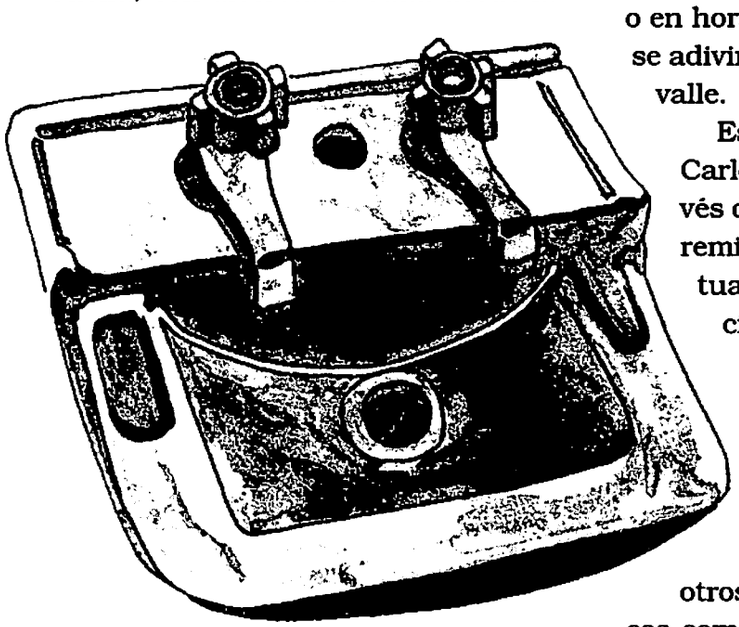
Mira hacia el cristal, del otro lado su porción de ciudad. Si subiera al techo del edificio la vista sería globalizadora, la ciudad entera, el llano urbano atrapado con un atisbo. Sería circunstancial. Aun la programación –por ejemplo– de la serie de canciones de Radio Nostalgia obedece a un azar –el gusto del programador en turno, la combinación de números jugada al eterno, la variedad de las propias canciones, con voces y músicos diferentes, modulaciones distintas de bocas desconocidas e instrumentos rara vez identificables a menos que el oído y la memoria sean tan certeros como para dibujarlos en una imagen mental.

Corrigió: una serie de azares. Haber llegado a esta ciudad fue un juego de casualidades mezcladas en el desencuentro y la lejanía con aquella otra que él conoció y creía era su ciudad. Pero la ciudad de alguien es aquella en que vive, ¿o es ésta una proposición incorrecta? El amor por Nora Vietman ¿Es un acto erróneo o el encuentro de distancias quebradas?

Funciona como una historia de amor, más cambiante que las que suelen aparecer en las malas telenovelas, porque en la suya, en su relación con Nora nadie puede adivinar el desenlace –¿o ella sabe?–. Truenan, o se aman toda la vida, mantienen distancias, se alejan, o radican en una misma ciudad en una idéntica colonia en

aire, superado el materno mar donde antes navegaba dando patadas, tremendos golpecitos que su padre sentía a la hora de repegar la espalda al vientre de su compañera. Además de la madre, el padre con un aire autista, enternecido por ver, por disfrutar esa sorpresa de mujer-madre y niño/o/niña nacida merced a un mágico e inexplicable o ridículo ayuntamiento de dos personas con órganos reproductores debidamente desarrollados. Si el padre se diese verdaderamente cuenta de lo acaecido, lloraría atolondrado al descubrir la grave responsabilidad que le nació con este parto, el indefenso niño/o/niña que empieza su serie ininterrumpida de aspiraciones-exhalaciones que es señal de que alguien está vivo, sobre todo si se le hace la prueba de colocarle un espejo bajo la nariz y el cristal se empaña, verificación de mayor contundencia que el uso de un estetoscopio o gritar "¡Dime que estás vivo!", ya en plan poco sereno.

Y falta la estrella en el firmamento de esta trinidad. El que acaba de nacer. El humanito/humanita que ya resuella, con discreta levedad desde la ictericia del sueño y de la falta de pelo en el cráneo, sin olvidar los ojos cerrados, como miembro de camada perruna, aunque en esta especie de la foto se trate de un distinto tipo de jauría, una pareja con historia, o más bien, con los excesos de la historia.



Eso si la esterilidad de Nora y de José Carlos se trocara en manantial. Es una porción de la vida, el resultado de dos quereres en choque.

Otra parte del juego: es inimaginable, o José Carlos prefiere no contárselo. Imaginar que Nora no está con él, que se aleja en serio y por siempre. Qué posibilidades tan ásperas tiene la vida. Podría lanzar la interrogante: ¿dónde está Nora Vietman? Pedazo de amor, archipiélago de cariño, porción de un corazón destrozado, imagen de desnudez, impulso súbito del deseo, necesidad inescrutable, cristal húmedo, salto al vacío, ausencia ajena, llama extinguible, viaje postergado, ruido inflamante, cuerpo pequeño, mirada amorosa, aire contenido u otras cosas que se prestan a mayores variantes que la distribución de la mala geometría de la ciudad.

*

Vase tejiendo una historia parcial que por esa razón se vería incompleta, si bien legítima en cuanto versión particular de los hechos. El único que se asienta de frente a los cristales es Béliz Reña, mira pasar las horas y si se concentrara, podría aun llevar un registro de cómo van cambiando las formas de las nubes y el matiz del aire, si sus tonalidades continúan grises o en horas domina el azul, más el corte pardo donde se adivinan las cumbres de las montañas al final del valle.

Es solamente, sí, la versión –inacabada– de José Carlos. Pero este insistente y autómata ver a través del ventanal, implica forjar el envase a donde remitir el resultado de un arqueo personal, situarse en pedacitos del pasado –esa inexistencia– y aceptar inevitables niveles de interferencia, acomodo en veces forzadas de historias, ejercicios limitados del olvido o del recuerdo. Y dudas, titubeantes esbozos de fragmentos de la vida de quien no es, por supuesto, como era antes, y que llega a tener dificultades para descubrirse en lo que otros le dicen que fue, o en vestigios arqueológicos como las fotografías donde aparece una imagen que no identifica como suya, no es él, aquél es otro. Δ